

### EL ATAQUE DE ESTADOS UNIDOS SOBRE AFGANISTÁN

JAMES PETRAS\*

**L**a tesis general de este artículo es que el ataque de Estados Unidos sobre Afganistán es un esfuerzo para revertir el deterioro relativo del imperio estadounidense y restablecer su dominio en regiones conflictivas. La guerra de Afganistán es sólo parte de una contraofensiva imperial general que tiene varios componentes: 1) restablecer la subordinación de Europa a Washington; 2) reafirmar su control total en el Medio Oriente y en la región del Golfo Pérsico; 3) profundizar y extender la penetración militar en Latinoamérica y Asia; 4) incrementar la guerra militar en Colombia y ejercer poder en el resto del continente; 5) restringir y reprimir las protestas y oposición contra las corporaciones multinacionales (CMN) y las instituciones financieras internacionales (IFI), como el Banco Mundial (BM), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Organización Mundial de Comercio (OMC), al sustituir los derechos democráticos por poderes dictatoriales; 6) destinar el gasto de gobierno a armas y subsidios para las CMN que están al borde de la quiebra (líneas aéreas, compañías de seguros, agencias de turismo) y emplear reducciones regresivas de impuestos para frenar una recesión que se está profundizando, la cual socavaría el apoyo público al proyecto de construcción del imperio.

---

\*Profesor-investigador del Departamento de Sociología de la Universidad de Binghamton. Correo electrónico: <jpetras@binghamton.edu>.

La segunda tesis es que los preparativos para la contraofensiva imperial siguieron una secuencia planeada compuesta de tres fases:

- *Fase 1* (del 11 de septiembre al 6 de octubre): un enorme esfuerzo de propaganda que aumentó y distorsionó la naturaleza del ataque sobre el *World Trade Center* (WTC) y el Pentágono, con el fin de asegurar el apoyo político mundial. La campaña antiterrorista creó la apariencia de un “consenso mundial” en favor de Washington.
- *Fase 2* (del 7 de octubre a la fecha): se lanzó un ataque militar a gran escala, respaldado de manera activa por el núcleo duro de los que apoyan a Estados Unidos (Inglaterra, Turquía, Paquistán, Francia, Italia, Japón, España, etc.). En Estados Unidos, Japón y Alemania se demolieron las barreras políticas, psicológicas y legales a su participación en la guerra. Esto preparó el escenario para nuevas intervenciones militares, intensificó la represión nacional e incrementó el acaparamiento bajo el pretexto de condiciones de “guerra permanente”.
- *Fase 3*: abarca una ofensiva militar generalizada contra críticos y adversarios reales o potenciales, empleando estrategias intimidatorias (amenaza de bombardeos masivos, como en Afganistán) y un incremento en la presencia militar para extender y profundizar el control en regiones conflictivas, como Colombia.

La tercera tesis es que existen tres *crisis internacionales*: 1) Crisis políticas y militares (una guerra sin desenlace definido, declarada por Washington, que busca restaurar de manera unilateral su poder al imponer nuevos estados clientelares); 2) Crisis económicas (la caída y el desafío al poder imperial de Europa y Estados Unidos, derivado de la recesión —y posible depresión— mundial y los crecientes movimientos de oposición dentro y fuera de los estados imperiales); 3) Crisis de oposición de la izquierda (la contraofensiva estadounidense ha forzado a los movimientos populares a enfrentarse a un nuevo conjunto de temas de discusión: mayor represión, incremento en la militarización, un esfuerzo de propaganda monolítico y monumental; y temor y enojo generalizados).

El nuevo orden imperial genera muchos desafíos, peligros y oportunidades de resistencia, siempre y cuando la izquierda logre vencer su desorientación actual. Esta triple crisis internacional, que afecta tanto al imperio como a la oposición, presenta varios resultados posibles, surgidos de sus respectivas contradicciones.

En este ensayo primero se identifica el contexto de la contraofensiva imperial, en particular el relativo deterioro de poder de Estados Unidos. Posteriormente se examinan las ventajas y contradicciones imperiales de una guerra sin un desenlace definido, como solución a una crisis político-económica.

Por último, se analiza la guerra como parte de la crisis y su efecto sobre la oposición popular, así como las potencialidades para un nuevo resurgimiento del poder popular.

### EL DETERIORO RELATIVO DEL IMPERIO Y LA NECESIDAD DE UN NUEVO IMPERIALISMO

A la ahora frecuente expresión *después del 11 de septiembre de 2001 el mundo ha cambiado* se le han dado muchas interpretaciones. La más común, explicitada por Washington, coreada por la Unión Europea y difundida por los medios de comunicación masiva, es que, como resultado del 11 de septiembre, se dio paso a toda una nueva era, un nuevo *periodo histórico* en el que se estableció un nuevo conjunto de prioridades, alianzas y relaciones políticas.

Sin embargo, la postura de Washington de marcar una nueva época histórica a partir del 11 de septiembre refleja sus propias pérdidas y vulnerabilidades. Desde la perspectiva del tercer mundo (y tal vez más allá de él) la *nueva era* comienza el 7 de octubre de 2001, fecha de la intervención masiva y bombardeo indiscriminado y sistemático de Estados Unidos a Afganistán. El 7 de octubre es importante porque marca el inicio de una ofensiva mundial a gran escala contra los adversarios de Estados Unidos, definidos de manera muy flexible y vaga, con frases como *terrorismo, refugios terroristas y simpatizantes de los terroristas*. Esta fecha señala de manera clara una nueva ofensiva contra oponentes y competidores del poder imperial estadounidense, incluyendo la disidencia nacional.

Es importante comprender el significado del término *nueva era*, porque mucho de lo que está sucediendo no es nuevo, sino una continuación y profundización de agresiones militares imperiales en curso, anteriores al 11 de septiembre y al 7 de octubre. Asimismo, las luchas populares de liberación en muchas partes del mundo continúan sin tregua, a pesar de los hechos del 11 de septiembre, los del 7 de octubre y de algunos cambios importantes de contexto.

En resumen, si bien el 11 de septiembre y el 7 de octubre son fechas de acontecimientos importantes, se mantiene la pregunta de si los sucesos posteriores a estas fechas marcan un periodo histórico cualitativamente distinto.

En todo caso, es más útil analizar la interrelación entre acontecimientos y procesos históricos antes y después del 7 de octubre, con el fin de separar lo nuevo y significativo de lo efímero y lo ya establecido.

Varios factores importantes fijan los parámetros y el contenido de la discusión. El primero es el relativo deterioro del poder político y económico de Estados Unidos en áreas clave del mundo durante la década de 1990, particularmente en la región del Medio Oriente y el Golfo, Latinoamérica, Asia y Europa, acompañado de una creciente influencia de Estados Unidos en los estados balcánicos de menor importancia, como Kosovo, Macedonia y Serbia.

El segundo factor es la gran expansión de los intereses económicos estadounidenses en el tercer mundo, por medio de sus CMN y bancos, y el debilitamiento gradual de los regímenes clientelares que apoyan dicha expansión. Queda claro que tanto las IFI, como el BM y el FMI, habían agotado a tal grado la riqueza de las economías locales con sus políticas de ajuste estructural (PAE), doctrinas de libre comercio y directivas de privatización, que los estados clientelares se estaban fragmentando, debilitando y corrompiendo, mientras las élites del sector privado y los políticos saqueaban el erario. El debilitamiento de la *estructura de control* imperial significó que la dependencia tradicional casi exclusiva de las IFI para la obtención de excedentes se estaba volviendo inadecuada. De acuerdo con Martin Wolfe, periodista del *Financial Times* (10 de octubre del 2001, p. 13), el deterioro del control imperial *indirecto* sobre los empobrecidos y devastados estados del tercer mundo requería un *nuevo imperialismo*. En pocas palabras, las bombas y la infantería de marina sustituyeron a los funcionarios de las IFI y a las PAE en la *reestructuración* de las economías y en asegurar la subordinación de los estados del tercer mundo. Como sostiene Wolfe, “para enfrentar el desafío del estado debilitado (saqueado y disminuido), lo que se necesita no son aspiraciones piadosas, sino una fuerza coercitiva honesta y organizada”. Es decir, las guerras imperiales, como las de Afganistán, Yugoslavia, etc., deben estar acompañadas de nuevas conquistas imperialistas. La recolonización es el *nuevo imperialismo*, proceso ya en marcha en el espacio aéreo, territorial y marítimo de Latinoamérica.

Desde el fin de la guerra del Golfo y la presidencia de Bush (padre) al 7 de octubre de 2001, Estados Unidos ganó conflictos militares en los Balcanes y en Centroamérica (regiones periféricas) y sufrió una seria pérdida de influencia en regiones estratégicas. De manera similar, su economía tuvo un auge especulativo miniatura en 1995-1999, y posteriormente sufrió una recesión que se agudizó con el nuevo milenio. Las victorias periféricas combinadas y la burbuja especulativa ocultaron la profunda debilidad estructural.

Las pérdidas de influencia de Estados Unidos se pueden resumir de manera breve. En Medio Oriente, su estrategia de derrocar o aislar al gobierno iraní y al régimen iraquí de Saddam Hussein fue un fracaso total. Los regímenes no sólo sobrevivieron sino que rompieron de manera eficaz el boicot estadounidense. De hecho, la mayoría de los *aliados* de Estados Unidos, incluyendo Japón, la UE, los estados árabes, etc., quebrantaron sus sanciones en contra de Irán, país que fue aceptado entre los resucitados miembros de la OPEP y firmó acuerdos de energía nuclear con Rusia, contratos petroleros con Japón y acuerdos de inversión y comercio con todos los países importantes, excepto Estados Unidos. Incluso las CMN que operaban por medio de terceros, se involucraron en el comercio iraní.

Irak se reincorporó a la OPEP, fue aceptado en las reuniones de los países del Golfo, en las cumbres árabes y en conferencias internacionales islámicas. Por medio de Turquía y Siria, vendió millones de barriles *clandestinos* de petróleo, vía los *contrabandistas*, claramente con el conocimiento de los *regímenes de tránsito* y de los consumidores de Europa Occidental.

La sublevación palestina y el apoyo unánime que recibió por parte de los estados árabes (incluyendo clientes de Estados Unidos) aislaron a Estados Unidos, quien permaneció estrechamente vinculado al Estado israelí. En el norte de África, Libia desarrolló fuertes lazos económicos con la Unión Europea y sus compañías petroleras, en particular con Italia, y estableció relaciones diplomáticas con muchos países de la OTAN.

De esta forma, tres países estratégicos productores de petróleo, clasificados como objetivos prioritarios de la política estadounidense, incrementaron su influencia y vínculos con el resto del mundo, debilitando así la opresión de Estados Unidos en la región, inmediatamente después de la guerra del Golfo. Sin duda, el *nuevo orden mundial* de Bush (hijo) se encontraba en ruinas, reducido a pequeños feudos en las provincias albanesas subdesarrolladas de los Balcanes, plagadas de mafias.

Otro signo importante del deteriorado poder de Estados Unidos se encuentra en el gran crecimiento de los superávits comerciales acumulados en Asia y en la Unión Europea a costa de este país, el cual en el 2000 acumuló un déficit comercial de 430 mil millones de dólares. Los 350 millones de consumidores de Europa Occidental adquirieron, cada vez más, productos elaborados en Europa —más de 2/3 del comercio de la Unión Europea fue intraeuropeo. En Latinoamérica, las CMN europeas, en especial las españolas, ganaron a sus competidoras estadounidenses la compra de lucrativas empresas privatizadas.

En lo político, en especial en Latinoamérica, el dominio de Estados Unidos era severamente puesto a prueba por los formidables movimientos

de la guerrilla colombiana; por el presidente de Venezuela, Chávez, y por los movimientos de las masas en Ecuador, Brasil y otras partes. El colapso de la economía argentina, la crisis económica general en el resto del continente y la importante pérdida de legitimidad de los regímenes clientelares de Estados Unidos, fueron otros indicadores de un debilitamiento del poder de Estados Unidos en sus provincias de reciente colonización.

El enorme crecimiento del *movimiento antiglobalizador*, en particular el crecimiento de sus sectores *anticapitalistas* a lo largo de Europa Occidental, Norteamérica y otras partes, desafió el poder de Washington para imponer nuevas reglas de inversión y comercio amigables al imperio.

Al enfrentarse a la caída de su influencia en regiones estratégicas, una creciente crisis económica a nivel nacional, el fin de la burbuja especulativa (tecnología de la información, biotecnología, fibra óptica), Washington decidió comenzar a militarizar su política externa (vía el Plan Colombia), y perseguir de manera agresiva ventajas comparativas por medio de decisiones de Estado unilaterales, y anuló los siguientes acuerdos: Acuerdo de misiles antibalísticos con Rusia, Acuerdo de Kyoto, la Corte Internacional de Derechos Humanos, acuerdos antigueras biológicas y acuerdos antiminas personales, etc. Las acciones unilaterales eran vistas como una forma de revertir el deterioro relativo, al combinar la acción militar regional y la presión económica. Para combatir el deterioro de la influencia estadounidense en Latinoamérica e incrementar su control, Washington impulsó el Acuerdo de Libre Comercio de América Latina (ALCA) para limitar la competencia europea y aumentar el dominio estadounidense. Sin embargo, la oposición fue fuerte en cuatro de los cinco países clave de la región: Brasil, Venezuela, Colombia y Argentina.

El 11 de septiembre (tras el bombardeo del barco estadounidense de guerra *Cole* en Yemen, los ataques a las embajadas en Kenia y Tanzania y el intento previo de bombardear el WTC) fue otro indicio del relativo deterioro de poder de Estados Unidos; que en esta ocasión se manifestó en la incapacidad de Washington para defender los centros de poder financiero y militar en el interior del imperio.

El 11 de septiembre *es y no es* también una fecha significativa. *No lo es* porque sigue marcando el relativo deterioro de la influencia estadounidense. *Lo es* porque marca el momento crucial en la contraofensiva para revertir la caída y reconstruir el *Nuevo orden mundial* centrado en Estados Unidos.

### LA CONTRAOFENSIVA: 7 DE OCTUBRE

La declaración de guerra de Washington contra Afganistán tiene dos fases importantes: el diseño de una amplia alianza dominada por Estados Unidos,

con base en la oposición al ataque terrorista sobre el WTC y el Pentágono, y después la transformación de esta alianza antiterrorista en un instrumento político para apoyar su intervención militar en Afganistán y más allá. La clara intención de la administración Bush era lanzar una cruzada a nivel internacional contra los opositores al poder de Estados Unidos, y en el proceso, revertir el deterioro con el objeto de reconstruir un nuevo orden imperial. Desde el inicio, los ataques intensos de bombardeos y la invasión de cientos de fuerzas especiales, en misiones de matanza y destrucción, tenían la intención de eliminar las objeciones nacionales a futuras guerras terrestres y nuevas intervenciones militares. De igual importancia, la matanza masiva y desplazamiento de millones de civiles sirvió el propósito explícito de la intimidación política dirigida a forzar a los adversarios (reales o imaginarios), a aceptar el dominio y control estadounidense sobre sus políticas externas e internas, así como amenazar a los movimientos sociales con que la misma violencia podría ser dirigida contra ellos. En pocas palabras, la menguante eficiencia de las IFI como instrumento de la hegemonía estadounidense ha llevado a Washington a depender cada vez más de la fuerza militar cruda y la violencia de alta intensidad. La amenaza abierta de una serie de asaltos militares está contenida de manera explícita en las referencias que hace la administración Bush a la invasión de Afganistán como la fase uno, con claras implicaciones de que seguirán otras guerras imperiales. Es aún más notable la amenaza de Washington de lanzar otro ataque militar en gran escala contra Irak, y otros *refugios seguros* para *terroristas*.

La llamada *alianza antiterrorista* se ha convertido en una alianza de guerra (incluyendo todos los principales países de la OTAN). Todas las decisiones militares y políticas más importantes, hasta el nivel de tácticas, las toma Washington, de manera exclusiva y sin la menor consulta. En otras palabras, la alianza de guerra es una continuación del unilateralismo previo de Washington, sólo que ahora ha reasegurado con éxito su dominio sobre los países de la Unión Europea. En tanto que la actividad hiperquinética de Tony Blair en favor de la guerra de Washington ha generado elogios por parte del presidente y de los medios de comunicación masiva de Estados Unidos, ni en lo más mínimo ha conducido a compartir la toma de decisiones.

Al menos en esta primera fase de la contraofensiva estadounidense, Washington ha reafirmado su dominio sobre Europa. Aprovecha al máximo su carta más fuerte dentro del sistema (poder militar), buscando militarizar realidades político-económicas. Al hacer que el antiterrorismo sea el tema dominante en todos los foros regionales e internacionales (APEC, ONU, OEA), Washington busca crear divisiones horizontales entre países y clases ricos y

pobres y sustituirlas con una polarización vertical ideológico-militar entre quienes apoyan y quienes oponen resistencia, tanto a la intervención militar como a los adversarios definidos como *terroristas* por Estados Unidos.

Muchos regímenes ya han adoptado esta definición militar de realidades socioeconómicas para reprimir movimientos populares, de izquierda y organizaciones de liberación en Medio Oriente, Latinoamérica y Asia central. La multiplicación de depuraciones antiterroristas por parte de varios regímenes clientelares, sirve a la perfección a la política de Washington, siempre y cuando los recién etiquetados movimientos terroristas también se opongan a su política y sus clientes autoritarios acepten el nuevo orden imperial.

La amenaza de Washington de guerras de conquista imperial indefinidas y extendidas, ha ido acompañada de manera previsible de legislaciones represivas, que en los hechos otorgan poderes dictatoriales al presidente. Todas las garantías constitucionales se suspenden y todos los extranjeros sospechosos de terrorismo son sujetos de tribunales militares sin importar su ubicación geográfica particular. Existe un amplio consenso de que el poder de librar guerras asumido por el ejecutivo, viola la letra y el significado de la Constitución y las normas de un régimen democrático. El argumento de los defensores del autoritarismo de que estas medidas de claro corte dictatorial son temporales no es convincente, dada la postura del presidente de que vamos hacia un largo y prolongado periodo de guerras.

En otras palabras, el autoritarismo y el involucramiento en agresivas guerras imperiales van de la mano, eliminando la visión republicana democrática de la revolución de Estados Unidos.

La historia nos enseña que las guerras imperiales son siempre costosas, los beneficios económicos se distribuyen en forma desigual y las cargas son llevadas por los trabajadores asalariados y a sueldo. Las medidas autoritarias sirven para reprimir o intimidar a quienes cuestionan la retórica patriota: quienes comienzan a interpelar el lema de guerra *Unidos estamos con Divididos nos beneficiamos*.

El resurgimiento de la construcción de imperios en un contexto de recesiones económicas que se profundizan es una estrategia problemática. Mientras que la administración reduce los impuestos a los ricos, la guerra aumenta los gastos e impone esfuerzos al presupuesto y a la masa de los que pagan impuestos. Tal vez el keynesianismo militar estimule algunos sectores de la economía, pero no revertirá la aguda caída de los beneficios para el sector capitalista como un todo. Más aún, extender el aparato represivo de los regímenes clientelares para asegurar su consentimiento hacia el proyecto de construcción de un imperio global, no agrandará los mercados



externos para las exportaciones estadounidenses. De hecho, los conflictos en el extranjero reducirán los mercados y profundizarán las cuentas externas negativas de la economía estadounidense.

La estrategia militar actual de creación del imperio en el periodo postafgano (*fase 2*), amenaza con desestabilizar las economías de Europa, Japón y los estados del Medio Oriente. Un ataque militar y una ocupación de Irak sin duda interrumpirán el flujo de petróleo hacia Europa y Japón, desestabilizarán las políticas internas de Arabia Saudita y otros países del Golfo y del Medio Oriente. El temor a los efectos desestabilizadores de la segunda fase de construcción del imperio ya ha generado diferencias, hasta entre los más serviles seguidores europeos de Washington en Inglaterra. No obstante, dada la visión imperial de Washington, su enfoque unilateral y su acceso a fuentes alternas de petróleo (México, Venezuela, Ecuador, Alaska, Canadá, etc.), un ataque militar sobre Irak dañaría las economías de la Unión Europea y alienaría a sus dos principales clientes árabes (Arabia Saudita y Egipto). Pero Washington ha demostrado que puede desatender las objeciones europeas y aun así contar con su consentimiento.

Sin embargo, una nueva guerra estadounidense podría generar incertidumbre entre inversionistas a nivel internacional, y el debilitamiento de Europa repercutiría en forma negativa contra la economía estadounidense, en un momento de crecimiento negativo. Una caída europea inducida por la guerra podría mejorar la posición relativa de Estados Unidos, pero su economía caería en términos absolutos.

Al centrarse exclusivamente en la persecución de un puñado de supuestos terroristas, el presidente Bush lucha con mosquitos y traga camellos. El daño general, tanto para las economías de la UE y Estados Unidos, resultado de una nueva guerra, excede por mucho cualquier pérdida como resultado de las acciones de los terroristas. La imposición de la definición militar de la administración Bush sobre los conflictos político-económicos en el tercer mundo, resuena con las políticas terroristas de Estado de Israel (contra los palestinos), Argelia (contra los bereberes) y Turquía (contra los kurdos) en el Medio Oriente y el norte de África.

Los partidarios de Ariel Sharon en Washington (defensores de guerras permanentes para la creación del imperio), prácticamente no han pensado en las consecuencias económicas de la intervención militar en Medio Oriente. El colapso de la arquitectura financiera y suministros de energía de estados imperiales, pueden hacer caer un imperio con mayor rapidez y certidumbre que cualquier sistema terrorista real o imaginado.

## LA CONTRAOFENSIVA: AMÉRICA LATINA

La contraofensiva imperial es mundial. En la jerarquía de regiones a reconquistar, América Latina aparece en segundo lugar, después del Medio Oriente. Es la región que ha dado a Estados Unidos sus únicos saldos comerciales favorables. Sus clases dominantes y pudientes han drenado a bancos estadounidenses cientos de miles de millones en transferencias ilegales, y su economía ha recibido casi un billón de dólares en ganancias, pagos de intereses, regalías y otras transferencias a lo largo de la última década. Los regímenes clientelares de Latinoamérica usualmente siguen de manera servil las posturas de Estados Unidos en foros internacionales y lo abastecen de fuerzas militares nominales para sus incursiones intervencionistas, abasteciendo de esta manera un disfraz mínimo para lo que en realidad son acciones unilaterales.

Washington clasificó a los movimientos guerrilleros colombianos de base campesina (las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia —FARC, y el Ejército de Liberación Nacional ELN—) que son el mayor reto de su dominio en el hemisferio, como un grupo *terrorista*. El avance de las FARC/ELN (que para mediados de la década de 1990 controlaban o eran influyentes en más del 50% de los municipios), junto con la política exterior independiente del régimen de Chávez en Venezuela, y el gobierno revolucionario en Cuba, representan un polo alternativo para los serviles presidentes, peones del continente al servicio del imperio.

La declaración de guerra total de Estados Unidos a la insurgencia popular comenzó tarde en la administración de Clinton y se profundizó durante la administración de Bush. El Plan Colombia, y más tarde la Iniciativa Andina, fueron en esencia estrategias de guerra, que precedieron a la guerra afgana, pero que sirvieron para acentuar la nueva contraofensiva imperial. Washington asignó 1.5 mil millones de dólares en ayuda militar a Colombia y a sus sustitutos paramilitares. Se enviaron cientos de fuerzas especiales para dirigir operaciones en el campo de batalla y se subcontrató con compañías privadas los servicios de pilotos mercenarios estadounidenses para librar una guerra química en los campos de amapola colombianos. Bajo la protección y con el fomento de comandos militares, se multiplicaron las fuerzas paramilitares. Las fuerzas armadas estadounidenses colonizaron espacio aéreo, costas marítimas y esteros de ríos, y establecieron bases militares en El Salvador, Ecuador y Perú, con el fin de brindar apoyo logístico. Oficiales estadounidenses establecieron una presencia operativa directa en el Ministerio de Defensa, en Bogotá.

La contraofensiva mundial del 7 de octubre profundizó el proceso de militarización en Colombia. Bajo la dirección de Estados Unidos, la fuerza aérea colombiana violó el espacio aéreo sobre la zona desmilitarizada donde negociaban las FARC y el régimen de Pastrana. Las incursiones ilegales en la zona generaron conflictos. La etiqueta de *terroristas*, que el Departamento de Estado colocó a las FARC/ELN, los pone en la lista de objetivos a atacar por la maquinaria militar estadounidense. Bajo la doctrina Bush-Rumsfeld, la mitad del territorio colombiano es refugio de terroristas, y por ello es sujeto de guerra total.

El frenesí de la guerra imperial causó que el Departamento de Estado enviara una delegación oficial a Venezuela, con el propósito de forzar al gobierno de Chávez a apoyar la contraofensiva imperial. De acuerdo con los oficiales del Ministerio del Exterior de Venezuela, el Departamento de Estado amenazó al gobierno con represalias, al más puro estilo de los señores de la mafia.

El punto clave del proyecto de Washington de crear un imperio en Latinoamérica, es la propuesta del ALCA, que dará a las CMN y bancos estadounidenses acceso irrestricto a los mercados, materias primas y mano de obra, a la vez que limitará la entrada a los japoneses y europeos y protegerá los mercados estadounidenses. Este sistema imperialista neomercantilista es otra iniciativa unilateral, tomada de acuerdo con los regímenes satélites de la región, sin consulta popular alguna. Dados los elevados niveles de descontento ya existentes en la región bajo los regímenes neoliberales, la imposición del imperialismo neomercantilista, con toda probabilidad, generará condiciones sociales explosivas, y el resurgimiento de alternativas nacionalistas y socialistas. La doctrina militar antiterrorista de Washington, con sus amenazas de intervenciones violentas y su presencia militar activa y directa, sirve como una útil arma ideológica para imponer el imperio neomercantilista.

En la actualidad, la mitad de Latinoamérica está semicolonizada: sus banqueros, políticos, generales y la mayoría de sus prelados representan y están del lado del imperio y desean una *integración* más profunda. La otra mitad de Latinoamérica, la gran mayoría de sus trabajadores, campesinos, indígenas, empleados públicos de clase media baja y, ante todo, sus decenas de millones de desempleados, quienes son explotados por el imperio, lo rechazan y le oponen resistencia. La contraofensiva imperial está dirigida hacia la intervención, con el fin de conservar sus clientes coloniales y acobardar a la otra mitad de Latinoamérica, que no posee propiedades, pero que representa los intereses históricos de la región.

Un periodo marcado por guerras intensificadas, amenazas militares constantes, bombardeos salvajes, masacres al por mayor, y decenas de millones de personas desplazadas, se está iniciando. Los escenarios de los violentos conflictos sociales ya no se limitan al tercer mundo, aunque sea allí donde las personas paguen el costo mayor. ¿Será este periodo de guerras, como en el pasado, también un periodo de revoluciones? ¿Podrá la economía estadounidense soportar una secuencia de guerras sin socavar su propia economía? ¿Podrá sobrevivir, al desestabilizar no sólo a sus competidores europeos y japoneses, sino también a sus socios comerciales e inversionistas?

### LA CENTRALIDAD DEL ESTADO IMPERIAL

Existen indicios claros de que las bases económicas de Estados Unidos se están debilitando, por razones económicas y militares. En lo económico, el sector manufacturero estadounidense ha estado en recesión por 18 meses, y continúa estándolo en el año 2002. Cientos de miles de millones de dólares invertidos en tecnología de la información, fibra óptica y proyectos biotecnológicos, se han perdido. A medida que se desploman los ingresos, quiebran miles de empresas. Tanto las economías *viejas* como las *nuevas* se encuentran sumidas en crisis profundas y prolongadas. Los sectores financiero y especulativo de la bolsa de valores dependen en gran medida de las volátiles circunstancias político-psicológicas de Estados Unidos y de la economía mundial. La caída vertical del mercado de valores, que siguió al 11 de septiembre, y la recuperación pronunciada tras el 7 de octubre, reflejan esta volatilidad. De manera más específica, los mercados estadounidenses de valores y de bonos dependen en gran medida de los inversionistas extranjeros, así como de especuladores locales. Estos acaudalados inversionistas, así como sus similares estadounidenses, operan en Estados Unidos tanto por razones políticas como por razones económicas: buscan refugios seguros y estables para sus fortunas privadas. Los hechos del 11 de septiembre deterioraron su confianza, porque pusieron de manifiesto que los centros mismos de poder económico y militar eran vulnerables de ser atacados y destruidos. De ahí la lucha colosal.

El ataque del 7 de octubre, la monumental contraofensiva mundial del imperio y la destrucción de Afganistán, restauraron la confianza de los inversionistas y generaron un flujo considerable de capitales y la recuperación temporal del mercado de valores. La estrategia de guerra total adoptada por el Pentágono tenía la función de restablecer la confianza de los inversionistas en la invencibilidad y seguridad del poder imperial, no más que cualquier función política, o la de asegurar un futuro oleoducto. El com-

portamiento (especialmente a gran escala) del mercado de valores y el de los inversionistas extranjeros a largo plazo en los mercados de valores y de bonos en Estados Unidos, parecen estar influidos tanto por razones de *certidumbre y seguridad* como por el desempeño real de la economía estadounidense. De ahí que resulte paradójica la relación inversa entre el comportamiento del mercado de valores y la economía real: en tanto que todos los indicadores económicos se deterioran y tienden al crecimiento negativo, el mercado de valores recupera de manera temporal los niveles previos al 11 de septiembre.

Sin embargo, esta base política de la inversión tiene límites. Un crecimiento negativo prolongado y la caída de las ganancias (o el aumento de las pérdidas), terminarán sin duda con la recuperación, y producirán una caída aguda en el mercado de valores.

A medida que se debilitan las bases económicas del imperio, aumenta el papel del Estado imperial. El imperio se hace cada vez más dependiente de la intervención estatal, lo que revela los lazos estrechos que existen entre los inversionistas del Estado imperial, incluyendo las CMN. Los componentes militares del Estado imperial tienen la misma importancia, y juegan un papel cada vez más dominante en el restablecimiento de la *confianza de los inversionistas*, al destrozar e intimidar adversarios, apoyar regímenes coloniales titubeantes, imponer acuerdos económicos favorables para inversionistas estadounidenses (ALCA) y perjudiciales para los competidores europeos y japoneses (con acciones militares en el Golfo y Medio Oriente).

El viejo imperialismo de las décadas de 1980 y 1990, que dependía en mayor medida de las IFI (BM Y FMI), está siendo sustituido y/o complementado por el nuevo imperialismo de acción militar: los Boinas Verdes sustituyen a los funcionarios de corbata del BM/FMI.

El dominio de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), dirigida por Washington, se extiende de los estados clientelares de los Balcanes a los satélites balcánicos, más allá de Turquía e Israel, y a las repúblicas (antes soviéticas) del centro y sur de Asia. El eslabón perdido en esta cadena imperial, lo componen los estratégicamente importantes estados del Golfo: Irán e Irak. Si bien esta cadena es militarmente importante, representa para el imperio un costo, más que una fuente de ingresos: rodea grandes riquezas, pero, hasta este momento, no las produce. Esto le queda claro a la administración Bush, que está más interesada en destruir poderes regionales que en realizar inversiones a gran escala para la construcción de estados coloniales, como se puede ver por los escasos recursos invertidos en los Balcanes, Asia central y el que probablemente será el caso de Afganistán.

El centralismo del Estado imperial en la conquista y expansión de poder estadounidense, ha refutado las suposiciones de los principales teóricos del movimiento antiglobalizador, como Susan George, Tony Negri, Ignacio Ramonet, Robert Korten, etc., quienes piensan en términos de la “autonomía de las corporaciones globales”. El énfasis sobre el papel central del mercado mundial en la generación de pobreza, dominio y desigualdad, resulta anacrónico en el contexto actual. A la vez que los estados imperiales europeos y estadounidense envían tropas para conquistar y ocupar más países, destruir, desplazar y empobrecer a millones, existe una gran necesidad de pasar de movimientos antiglobalizadores a movimientos antimperialistas; del falso supuesto de *superestados* dominados por CMN autónomas, a la realidad de CMN atadas a estados imperiales.

La contraofensiva conducida y dirigida por el Estado imperial, tiene como meta la reconstrucción del fallido *nuevo orden mundial* del periodo posterior a la guerra del Golfo. Hoy, frente a la crisis económica y la creciente resistencia popular, las multinacionales no tienen la voluntad ni los recursos para actuar de manera *autónoma* por medio de las fuerzas del mercado. El nuevo imperialismo se basa en la intervención militar (Afganistán/ Balcanes), en la colonización (bases militares), y en el terror (Colombia). De las guerras en Irak y los Balcanes a Afganistán, el monstruo destructivo imperialista avanza, generando tragedias humanas cada vez peores, justificadas por una creciente andanada de propaganda de misiones humanitarias.

La ofensiva imperial posterior al 7 de octubre se basa en estrategias y motivos económicos. No se relaciona en forma alguna con el *choque de civilizaciones*. En el imperio estadounidense están incluidos los estados islámicos (Paquistán, Arabia Saudita, Egipto, Turquía, Marruecos, Bosnia, Albania, etc.), el Estado judío (Israel), así como regímenes seculares, nominalmente cristianos. Lo que define la ofensiva imperial estadounidense no son sus aliados permanentes (de una u otra región o civilización), sino sus intereses permanentes. En los Balcanes, y antes en Palestina y en Afganistán, Washington promovió el fundamentalismo islámico y a los traficantes de drogas para que actuaran contra los nacionalistas seculares y los socialistas. Los clientes islámicos de ayer (talibán) son, en algunas partes, los enemigos de hoy. El hilo que une estas alianzas cambiantes es la necesidad de defender las esferas de dominio imperial. La aparente *hipocresía* o *doble criterio* de las élites imperiales sólo existe en la mente de quienes de manera errónea creyeron en la propaganda original del imperio y ahora se sienten *traicionados* por el cambio de cliente imperial.

Los avances militares estadounidenses en Afganistán están preparando el camino para nuevas guerras. La alianza militar en Afganistán está construida en torno a jefes militares tribales rivales, quienes viven del contrabando, del tráfico de drogas y del saqueo de botines de guerras locales. En otras partes, asoman severas contradicciones y crisis estructurales.

### LAS CONTRADICCIONES DEL IMPERIO

La ofensiva imperial estadounidense se enfrenta a dos tipos de contradicciones: coyunturales y estructurales. En el contexto actual, la guerra afgana separó los estados islámicos en dos polos: los dirigentes que apoyan al imperio y las masas que simpatizan con el pueblo afgano y con Osama Bin Laden. Esta polarización aún no ha producido un serio desafío organizativo para los dirigentes clientelares, aunque la clave monarquía saudita es la más vulnerable. La victoria militar de Estados Unidos, su clientela *alianza del norte* y el resultante régimen de coalición islámica, podrían disipar la puramente islámica masa opositora amorfa. La oposición de la Unión Europea y los estados árabes sólo se activará si Washington extiende su guerra a Irak y desestabiliza a los proveedores europeos de petróleo. Estas y otras contradicciones coyunturales secundarias no socavarán el empuje imperial de Washington, aunque tal vez sí lo aislen en el aspecto diplomático, en especial en algunos tribunales internacionales.

Las más profundas contradicciones estructurales de largo plazo del *nuevo imperialismo* se encuentran en que la expansión militar se da en el contexto de una recesión económica que se está profundizando, tanto a nivel local como mundial. El keynesianismo militar (aumento del gasto militar), no ha revertido y no revertirá la recesión, pues repercute en pocos sectores de la economía, y las industrias que podrían recibir algún estímulo (como la aeroespacial), están golpeadas por la recesión en el mercado de aerolíneas civiles.

Aunque la maquinaria militar del Estado imperial promueve y defiende los intereses de las CMN estadounidenses, no es el proveedor más eficiente de servicios en términos de costo-beneficio. Los miles de millones en gastos en el exterior exceden por mucho los beneficios inmediatos para las CMN y no revierten la caída de la tasa de ganancia ni abren nuevos mercados, en especial en las regiones de máximo combate militar. La intervención militar expande las regiones colonizadas sin aumentar los ingresos del capital. El resultado neto es que las guerras imperiales, bajo su forma actual, socavan la inversión capitalista no especulativa, aunque de manera simbólica den seguridad a los inversionistas extranjeros.

De la misma forma que ocurre en Centroamérica, en los Balcanes y ahora en Afganistán y Colombia; Estados Unidos está más interesado en destruir adversarios y establecer regímenes clientelares, que en hacer inversiones de *reconstrucción* de largo plazo y en gran escala. Después de destinar importantes gastos militares a conquistas, las prioridades presupuestales se orientan al subsidio de CMN estadounidenses y a la reducción de impuestos a los adinerados, no existen más *Plan Marshall*. Washington deja a Japón y a Europa la tarea de *limpiar las ruinas humanas* tras las victorias militares estadounidenses. La reconstrucción de la posguerra no intimida a los posibles adversarios, pero sí el bombardeo indiscriminado y sistemático de los B-52. En la coyuntura presente, la victoria militar deja inestable la consolidación de un régimen clientelar favorable al imperio. De la misma forma que en 1990 Estados Unidos financió y armó la victoria fundamentalista sobre el régimen secular nacionalista afgano y después se retiró, lo que condujo al ascenso del régimen talibán antioccidente, es probable que la victoria y retirada actuales tengan efectos similares en la próxima década. La brecha entre la gran capacidad del Estado imperial de librar guerras y la debilidad de su capacidad de revivir las economías de las naciones conquistadas es una grave contradicción.

Una contradicción aún más seria es el esfuerzo agresivo de imponer regímenes y políticas neoliberales, en especial cuando se están secando los flujos externos de capital y cuando se están colapsando los mercados de exportación a los que debían servir.

La profunda recesión de Estados Unidos, Japón y la Unión Europea, ha deteriorado de manera severa a los más leales y subordinados estados clientelares neoliberales, en particular en Latinoamérica. Se han derrumbado los precios de las exportaciones *especializadas*, que son el motor de los regímenes neoliberales: las exportaciones de café, gasolina, metales, azúcar, así como textiles, ropa y otros bienes manufacturados elaborados en *zonas de libre comercio*, han sufrido las fuertes caídas en los precios y las consecuencias de los mercados saturados. Los poderes imperiales han respondido con presiones para un mayor *liberalismo* en el sur, en tanto que elevan los aranceles proteccionistas a nivel nacional y aumentan los subsidios a las exportaciones. De acuerdo con el BM (*Perspectivas económicas globales y los países en desarrollo 2002*, <[www.worldbank.org](http://www.worldbank.org)>), los aranceles impuestos por los países imperialistas a las importaciones del tercer mundo son cuatro veces más elevados que aquellos puestos a importaciones de otros países imperialistas. En los países imperialistas, el apoyo a las CMN agrícolas fue de 245 mil millones de dólares en 2000 (*Financial Times*, 21 de noviembre de 2001:13). Como



indica el reporte del BM, “durante la década pasada, la participación de las exportaciones subsidiadas ha aumentado, aún para muchos productos de exportación importantes para los países en desarrollo”.

La doctrina neoliberal del viejo imperialismo está dando paso a las prácticas neomercantilistas del nuevo imperialismo. Las políticas de Estado dictan y dirigen los intercambios económicos e imponen al mercado un papel secundario, todo para el beneficio de la economía imperial.

El carácter altamente restrictivo de las políticas neomercantilistas, tanto en el pasado como en el presente, polariza la economía entre productores locales y los monopolios imperiales con respaldo estatal. El deterioro y colapso de mercados externos crea prejuicios en el interior de los sectores exportadores *neoliberales*. El notable papel del Estado imperial en la imposición del sistema neomercantilista politiza al creciente ejército de desempleados, trabajadores mal pagados, campesinos y empleados públicos. El colapso de mercados externos implica que menos comercio exterior se podrá emplear para pagar deudas con el extranjero. Una menor venta de exportaciones implica menor capacidad para importar alimentos esenciales y bienes de capital para continuar la producción. Se está derrumbando la estrategia exportadora de Latinoamérica, que es la base de toda la estructura imperial. Al no poder importar, Latinoamérica se verá forzada a producir de manera local o a arreglárselas sin aquello que importaba. Sin embargo, la ruptura definitiva con la estrategia exportadora y con la subordinación al imperio no se darán como consecuencia de contradicciones internas, se requiere de la intervención política.

### OPORTUNIDADES Y DESAFÍOS PARA LA IZQUIERDA

En el corto plazo (la *coyuntura*), la izquierda se enfrenta a la embestida de la contraofensiva imperial de Washington, con todo lo que ello implica en términos de un incremento de la belicosidad, amenazas y mayor subordinación por parte de las dirigentes élites clientelares. Sin embargo, en tanto está en curso este nuevo esfuerzo militar imperialista de reconquista, la izquierda enfrenta serios obstáculos prácticos, ideológicos y políticos.

Por una parte, la ofensiva se lleva a cabo en la presencia de un importante resurgimiento político de la izquierda en varios países estratégicos y de un deterioro de las economías neoliberales. En Colombia, Brasil, Argentina, Ecuador y Bolivia han surgido fuertes movimientos sociopolíticos y la izquierda ha consolidado su influencia en importantes distritos electorales populares, en tanto que los regímenes clientelares están profundamente desacreditados, en muchos casos con valoraciones de popularidad de un solo dígito.

Esta situación presenta peligros y oportunidades. Los peligros se derivan de la respuesta, cada vez más militarizada y represiva, impulsada por Washington y coreada por sus regímenes clientelares latinoamericanos, de la que fue testigo la Declaración de la Conferencia Iberoamericana sobre Terrorismo, el 23 de noviembre de 2001 (*La Jornada*, 24 de noviembre de 2001). Las oportunidades surgen del hecho de que la renaciente izquierda no ha sufrido una derrota importante en este periodo (comparado con 1972-1976) y se encuentra en una posición fuerte para dar el salto de la protesta al poder. Los regímenes neoliberales han fracasado en su búsqueda de mercados externos que den sustento a la producción nacional o proporcionen nuevos flujos de capital para compensar los grandes flujos de pagos de deudas, remesas de ganancias, etc. La prolongada depresión de Argentina indica la dirección en la que se dirige toda Latinoamérica.

La crisis actual es sistémica, en tanto que no sólo afecta a los trabajadores y a los desempleados (al incrementar la pobreza, el desempleo y las desigualdades), sino también a los mecanismos mismos de la acumulación capitalista. El capital que se acumula en Latinoamérica se deposita como *riqueza muerta* en cuentas en el exterior. Con la excepción de los académicos ciegos por voluntad (que no son pocos), es para todos evidente que el neoliberalismo está muerto y que el nuevo sistema imperial neomercantilista no ofrece espacio para las *elecciones de mercado*.

En este enfoque, lo esencial para convertir estas oportunidades objetivas en cambios estructurales reales, es el poder político. Los movimientos sociales han movilizado a millones, realizado innumerables cambios a nivel local, creado un nuevo y prometedor nivel de conciencia social, y, en algunos casos, controlan o influyen en los gobiernos locales y han asegurado concesiones por medio de la presión a las clases dominantes. Sin embargo, existen varios problemas a resolver antes de que estos movimientos representen una alternativa política al poder estatal.

Primero: en lo político los movimientos adoptan una serie de demandas y alternativas programáticas, que son positivas e importantes, pero que carecen de una comprensión teórica de la naturaleza del cambiante sistema imperial, sus contradicciones y la naturaleza de su crisis.

Segundo: existe desunión; desarrollo desigual entre las corrientes urbanas y rurales, entre el interior y la costa y rivalidades entre personalidades y tácticas. Si la totalidad de los movimientos existentes se unieran en un solo movimiento coherente, estarían más próximos a desafiar el poder estatal.

Tercero: muchos de los movimientos se ocupan en estrategias militantes y articulan programas radicales, pero en la práctica participan en constantes

negociaciones destinadas a asegurar concesiones muy limitadas. Así, más que ser protagonistas para derrocar al régimen, los movimientos quedan reducidos a grupos de presión en el interior del sistema. El desafío es cómo desarrollar un programa de transición que se adapte a las demandas inmediatas de la gente, pero que centre su lucha en la construcción de una alternativa socialista. El creciente autoritarismo de los regímenes clientelares dirigidos por el imperio requiere de la construcción de grandes movimientos democráticos y antimperialistas.

La estrategia imperial de militarización de Estados Unidos con el fin de establecer el imperio neomercantilista requiere una mayor capacidad de incorporar nuevos aliados y la preparación para diversas formas de lucha. Los estrategas imperiales han identificado a Colombia como el campo de ensayo para el *nuevo imperialismo*, porque es ahí donde enfrentan su mayor desafío político-militar. Todas las fuerzas reaccionarias del hemisferio se han movilizado contra los ejércitos de guerrilla y contra los crecientes movimientos de las masas. Todos los presidentes peones del hemisferio se han unido a la cruzada antiterrorista. El imperio clasifica a las FARC/ELN como terroristas. El éxito militar en Colombia acelerará y alentará la conquista militar y colonización de Latinoamérica, tal como el golpe militar dirigido por Estados Unidos en Brasil (1964) fue seguido de invasiones (República Dominicana, 1965), y de golpes militares subsecuentes en Bolivia (1971), Uruguay (1972), Chile (1973), y Argentina (1976).

Una victoria o una guerra prolongada de las guerrillas en Colombia dará un respiro a toda la izquierda. Por ello es esencial que se brinden el máximo apoyo y solidaridad a la lucha colombiana. El internacionalismo no es sólo una red de solidaridad contra la ofensiva militar imperial en general, sino también el apoyo a los campesinos colombianos y trabajadores organizados en su *ejército del pueblo*.

Éstos son tiempos de peligro y de esperanza, de peligros en dos sentidos: para el imperio y para la izquierda. La lucha continúa.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Frida Modak —comp— (2001), *11 de Septiembre*, Buenos Aires, Lumen.
- Petras, James y Henry Veltmeyer (2001), *Globalization Unmasked: Imperialism in the 21st Century*, Halifax, Fernwood
- ——— (2001), *Brasil de Cardoso*, Petropolis, Editor Vozes.
- ———, “Are Latin American Peasant Movements Still a Force for Change: Some New Paradigms Revisited”, *Journal of Peasant Studies*, vol. 28, núm. 2.

- Petras, James y Morris Morley, "The Imperial State", *Review Fall*, vol. IV, núm. 2.
- Petras, James (2002) "Arose by Any Other Name? The Fragrance of Imperialism", *Journal of Peasant Studies*, vol. 29, núm. 2, enero de 2002, pp. 135-160.
- Saxe-Fernandez, John; James Petras, Henry Veltmeyer y Omas Nunez (2001), *Globalizacion, Imperialismo y Clase Social*, Buenos Aires, Lumen.
- Veltmeyer, Henry y James Petras (2001), *The Dynamics of Social Change in Latin America*, Londres, MacMillan Press.